

Korczak, J. (1976). *Cómo hay que amar a un niño*. Traducción de la presente edición de Joan Leita. Madrid: Sociedad de Educación de Atenas, 331 páginas. ISBN: 84-7020-169-7.

Janusz Korczak (22 de julio de 1878 o 1879 en Varsovia - 7 de agosto de 1942, asesinado en el campo de exterminio nazi de Treblinka) es una de las personalidades más asombrosas del siglo XX. Médico de formación fue también escritor, pedagogo e incluso monitor de campamentos infantiles, periodista y locutor de radio; y todo ello ejercido por un ideal, el amor a los niños. Admirador del pedagogo suizo Johann Heinrich Pestalozzi, su obra excede con mucho una sola etiqueta. Quizá por escribir en polaco y la propia historia de su país, Janusz Korczak es un autor prácticamente desconocido en los países de habla hispana. El presente volumen, *Cómo hay que amar a un niño*, incluye una sucinta biografía del autor y cuatro textos escogidos a criterio del editor de entre los 24 libros y más de 1.400 textos periodísticos que escribió. Agrupados bajo el título *Cómo hay que amar a un niño*, son un compendio de los aspectos clave del pensamiento y acción de Korczak e incluyen: “La madre”, “El internado”, “Las colonias de verano” y finalmente, “El orfanato”. El capítulo titulado en español, “La madre” es en realidad, el texto original de *Cómo hay que amar a un niño* y fue escrito entre 1914 y 1918 cuando estaba destinado como médico en un hospital de sangre en Kiev (Ucrania) en el puesto de capitán.

Korczak escribió este texto con una pretensión:

(...) poner de manifiesto la relación que existe entre la creativa y maravillosa frase de la ciencia moderna: no lo sé, llena de vida y de sorpresas fascinantes, y el hecho de entender y amar los niños. Trato de hacer comprender que ningún libro ni ningún médico puede sustituir la claridad del propio pensamiento, de la propia consideración (p. 14).

De esta manera el autor comienza su obra desde en el momento mismo en que un niño es engendrado, su posterior nacimiento, el amamantamiento y su alimentación, sus enfermedades y su crecimiento físico pero también su psicología, la educación tanto de la familia como de la escuela, su lugar en la sociedad y su desarrollo moral. Es decir, todas las etapas evolutivas.

Korczak detalla casos concretos para ejemplificar todas sus ideas expuestas. Dos de estas ideas, sin embargo, son vertebradoras del texto. En primer lugar, la insistencia en que el niño desde su nacimiento es una persona:

(...) únicamente una ignorancia y una superficialidad ilimitadas pueden soslayar el hecho de que un lactante encarna una individualidad determinada, claramente bosquejada que se compone de temperamento natural, de su fuerza, de su intelecto, de su orgullo y de sus experiencias vitales (p. 35).

En segundo lugar, el niño como realidad en presente y distinta de la vida de un adulto:

Su vida distinta de nuestra existencia es una realidad, no un presagio (...). Proyectándole hacia el futuro, el pequeño no atiende a lo que hoy puede disfrutar (...). A causa de este mañana que no entiende ni necesita entender se echan a perder muchos años de su vida (p. 5).

A lo largo del texto, el autor también indica lo que considera los tres derechos básicos del niño: “a su muerte (...), al día presente (...), a ser tal como es (...) (p. 47)”.

En un añadido posterior al texto, en cursiva en esta edición, añade: “el primer e indiscutible derecho del niño es expresar su opinión y tomar parte activa en nuestras reflexiones y juicios acerca de su persona” (p. 48).

Considera el autor que la vida de los niños sigue estando “presionada y asediada” (p. 49) y que el niño “siente la falta de libertad, sufre en su cautiverio” (p. 119). El motivo:

Mientras los niños no nos quiten la paz y la tranquilidad preferimos adormecernos en la ilusión de que son tontos, de que no saben nada, de que son irrazonables, de que se dejan engañar fácilmente por las apariencias. Una concepción distinta plantearía el dilema de renunciar abiertamente al privilegio de una supuesta perfección o bien de tener que desechar lo que sus ojos nos hace infelices, pobres y ridículos (p. 21).

Aunque el repaso del autor incluye la existencia completa del niño y su relación con los adultos y con los otros niños, merece la pena reseñar algunas de sus consideraciones. La primera de ellas es la referida a sus sentimientos:

Un niño no vislumbra el futuro. No ama a sus padres. No tiene ni idea de lo que es patria. No puede concebir a Dios. No aprecia a ninguna persona. No sabe de ninguna obligación. Dice cuando sea mayor pero no cree en ello. Dice a su madre que la quiere más que a nadie pero no lo siente así. Su patria es el jardín o el patio de su casa (p. 81).

La segunda, se refiere a la educación:

En la teoría de la educación olvidamos que no sólo deberíamos enseñar a los niños a decir la verdad, sino también a descubrir las mentiras. No sólo deberíamos enseñarles a amar, sino también a juzgar, no sólo a respetar, sino también a criticar, no sólo a someterse, sino también a rebelarse, no sólo a ceder, sino también a sublevarse (p. 117).

“El Internado” constituye un segundo capítulo de esta edición, aunque fue concebido como un trabajo independiente por el autor y por tanto no ha de ser, necesariamente, publicado con la primera parte, *Cómo hay que amar a un niño*. “Deseo escribir un libro sobre el internado de una ciudad en el que son educados cien niños huérfanos —chicos y chicas en edad escolar— por unos pocos maestros” (p. 145).

Su comienzo es, incluso hoy en día, provocador y un aviso al lector:

Este libro no solamente puede ser instructivo para los pedagogos de las cárceles y de los cuarteles que son un internado, sino también para los educadores que

están dedicados a las celdas de la prisión que es la familia, en la cual los niños de hoy se sienten encerrados. Tanto en el internado como en la familia, los niños son maltratados (p. 145).

A continuación realiza una reflexión sobre lo que un educador quiere hacer con los niños aún con sus mejores intenciones y la realidad que encontrará en su día a día: estará tan agotado por su trabajo que no tendrá tiempo de leer libros que se han escrito para ayudarle en su tarea, se equivocará y se lamentará por ello (p. 150), tendrá poco apoyo de la dirección del centro y muy pronto llegará a una verdad que es para qué le está educando. Esta verdad constituye el horizonte que espera al niño en la sociedad: “están aguardando el estado, la iglesia y su futuro amo. Exigen, esperan, vigilan. (...). Todos quieren mediocridad y humilde sumisión” (p. 152).

De nuevo aparecen en este texto las ideas principales del autor: “No existen niños en cuanto a tales, son hombres” (p. 150). “No son inocentes, sino precisamente humanos” (p. 155) e insiste más adelante en los derechos que tiene el niño: “a exigir que se tomen en serio sus preocupaciones (...). Sus deseos han de ser tenidos en cuenta (...) sus preguntas deben ser atendidas (...)” (p. 171) y un poco más adelante: “a conservar sus misterios (...), a proceder mal (...) a cometer errores (...)” (p. 193). Sean como sean los niños, insiste al final de este capítulo: “hay que reconocerles sus derechos fundamentales” (p. 202).

“Distribuye tu fuerza y tu energía” (p. 154) aconseja Korczak al educador y también que se conozca a sí mismo y que su obligación es “estar atento (...) los niños son siempre mártires de su supuesto bienestar. El origen de las peores injusticias se encuentra aquí la mayoría de las veces” (p. 155); “Aprende, sé respetuoso, cree” (p. 169).

Los buenos educadores se distinguen de los malos únicamente por el número de errores que cometen (...). Un mal educador culpa a los niños de sus propias equivocaciones. Un buen educador sabe que vale la pena pensar incluso en los detalles más insignificantes (p. 173).

En este capítulo se encuentra uno de los más hermosos y conmovedores párrafos de todo el volumen, que es necesario incluir a modo de breve ideario de vida de Janusz Korczak con respecto a los niños:

Cuando percibo en el niño la chispa inmortal del fuego robado a los dioses, el resplandor de las ideas que se desarrollan libremente, la dignidad de su indignación, el ímpetu de su afán, su tristeza otoñal, su esfuerzo dispuesto al sacrificio, su nobleza tímida, cuando veo su búsqueda animosa, alegre, confiada, constante, de las causas y de los efectos, así como los intentos indeciblemente penosos, las inquietudes y emociones de su conciencia, no puedo hacer otra cosa que arrodillarme humildemente, porque me siento pequeño, débil, porque soy en realidad, un cobarde (p. 172).

Es también, esclarecedor el motivo por el que abandona la profesión médica por el internado (p. 209) porque reconoce la incapacidad de la ciencia médica para conocer al niño. La medicina como disciplina no es suficiente para comprender a los niños.

“Las colonias de verano” es la tercera parte del volumen que está dedicada a la experiencia del autor como educador en su primera colonia en el campo con niños pobres, a la que dedica sus vacaciones de verano. Durante dos años, entre 1906 y 1910

se ocupa de treinta niños de un grupo total de 150. En “Las colonias de verano” relata cómo en la primera ocasión su error fue creer que él también estaba de vacaciones con los niños, en lugar de trabajando como educador. También presenta las dificultades para el traslado de los niños desde la ciudad al campo, el problema del reparto de los uniformes o el lugar en la mesa y la cama que le corresponde a cada niño en el dormitorio, y su descuido al no apuntar con cuidado los nombres de los niños, memorizarlos así como sus características personales básicas. Korczack se pone en lugar de un educador que lee este libro como si fuera un manual del que recabar consejos. “Las colonias son comparables a un internado difícil de dirigir” (p. 241) y sintetiza y expone cómo logró que el caos de los primeros días fuese poco a poco desapareciendo tras reflexionar que todo mejoró: “después de hablar no a los niños si no con los niños” (p. 241).

Evitar el choque con los otros colegas, no creerse superior a ellos, desechar el asco como educador ante los pies sucios de los niños o sus enfermedades y heridas, llevar un registro de las peleas entre los niños para comprobar que la buena labor del educador hace que estas vayan disminuyendo; y un consejo firme: “es obligación del educador proteger a los niños de los golpes, de las amenazas y de los insultos” (p. 268).

El orfanato es último capítulo de la publicación que comentamos, y fue escrito como resultado de su proyecto de construcción de un orfanato para niños pobres. Korczack incluso planifica la construcción del edificio porque como él mismo indica: “el arte de dirigir un internado va ligado, en sus pequeños aunque decisivos detalles, al edificio en el que ha sido puesto y al terreno en el cual ha sido construido” (p. 263).

En este orfanato establece una comunidad infantil organizada y desarrolla un método de autocontrol y auto-reglamentación que incluyen: un tablón de anuncios, un buzón, una estantería, el armario de los objetos encontrados, un periódico y el tribunal de compañeros que indica no sustituye al educador.

El texto se dirige al educador y además de ejemplos prácticos con los que ilustra algunas de las situaciones más habituales en el establecimiento, está salpicado de las conclusiones o reflexiones que Korczack ha ido elaborando en su experiencia con los niños. Una de ellas, expresada con pasión: el castigo según el cual, el educador destruye los objetos que los niños atesoran como sus propiedades:

¿Cómo te atreves, monstruo inhumano, a disponer de la propiedad ajena? ¿Cómo puedes esperar que los niños respeten cualquier objeto y amen a alguien? Lo que quemas no son papeles y trapos, sino el amor de la tradición y los sueños de una vida más bella (p. 276).

Para concluir: quizá en las tinieblas de las grandes guerras, algunos hombres en lugar de abandonarse a la desesperación, crean por compensación una obra que renueva la fe en el derecho a la dignidad, el respeto y el amor que todo ser humano merece. Éste es el caso del polaco Janusz Korczak que no sólo creyó en un ideal, sino que dedicó toda su vida a él, a promover el amor a los niños. Cada página de esta obra surge de una vivencia, del contacto real con los niños. Ante una vida de esta coherencia y coraje, sólo cabe expresar una profunda gratitud.

Maribel Orgaz
Periodista
maribelorgaz@yahoo.es